

COMERCIALIZACION EN LA AGRICULTURA. ENTRE EL LIBERALISMO Y LA TECNOCRACIA

PTE. JOSÉ M.^a GIL MORENO DE MORA.

El problema tiene demasiadas facetas para que todas puedan ser examinadas. Tratamos de una línea general.

Cada día el éxito y la subsistencia de la explotación agraria depende menos de su productividad cuanto de la capacidad de comercialización que alcance.

Antaño la ruralidad, disponiendo de mayor autonomía, tenía cierta independencia frente al mercado. Gran parte de los enseres necesarios a la vida campesina eran producidos por artesanos rurales en el mismo lugar: calzado, ropa, muebles, herramientas, etc. Lo cual permitía el ejercicio del canje y de una actividad crediticia interna por pago en cosechas sin intervención bancaria. Forzábese con ello lo que Spengler define como verdadera función del dinero: el facilitar la comparación de los valores de las cosas entre sí.

Hoy no es así. La gran industria ha hecho desaparecer el artesano local. Los suministros del campesino llegan de fuera. Se le exige para la compra exclusivamente dinero. El canje ha desaparecido, y con el crédito se ha vuelto exclusivamente bancario y, en muchas ocasiones, estatal. Esto ha liberado al dinero de su función característica y ha posibilitado que acapare una nueva función definiendo el valor de las cosas, no por comparación entre ellas, sino por comparación con el mismo dinero. Es lo que Spengler da como una de las características de los últimos momentos de las civilizaciones antes de su desmoronamiento final.

Así, el campesino se ve apremiado a vender sus cosechas, y quien no disponga de buenos medios para vender se ve imponer precios que bajan muy por debajo del valor real del producto.

Este proceso, que arranca del liberalismo, con la revolución industrial produce entonces la reacción campesina de la cooperativa, que logra poner un parche durante unos decenios, defendiendo al agricultor del especulador, agrupando al gran número de los dispersos para resistir la presión del pequeño número de compradores fácilmente reunidos.

Pero, tras el liberalismo económico, surge el dirigismo estatal, el cual crea la tecnocracia, que controla y dirige los precios y los mercados, haciendo intervenir factores directos, como los precios de tasa (hace pocos días aplicados al pollo), e indirectos, como importaciones de choque y estatales (peras y manzanas de Francia), primas, aranceles, etc., que alteran el mercado por fuera de la ley de la oferta y de la demanda y por fuera de la misma actividad agrícola.

La oposición natural vendedor-comprador se convierte así en lucha. "Se dialectiza"; el Estado —juez omnipotente— arbitra, y sólo la gestión política acaba decidiendo.

Carrera de pasillos ministeriales, sindicales y de influencias, en la que el sector agrario, disperso sobre un amplio territorio y fijado a la tierra, es perdedor frente al sector comercial, que lo expolia tranquilamente con la bendición y complicidad del Estado, que, en la cooperación con el comercio, logra jugosas contribuciones, directas e indirectas, siempre repercutidas, en su casi totalidad, sobre la economía del agricultor. La distancia entre precios de producción y de consumo crece vertiginosamente.

Dos reacciones surgen en el campo: la primera, negativa, abandonando las producciones excesivamente dirigidas y expoliadas, buscando otras menos controladas; intervienen entonces los precios de protección y se produce la situación de pendulazo, por la que se pasa bruscamente de carestía a supreproducciones, y viceversa. La segunda reacción es positiva, pero peligrosa: el agricultor busca el medio de ampliar su frente económico y su capacidad política mediante la unión de cooperativas y de asociaciones agrarias; pero el Estado, controlando la legislación de la asociabilidad, pronto dicta normas para nuclear convenientemente es-

tas asociaciones, introduciéndose en ellas (FORPPA), o para imposibilitar la acción eficaz a las asociaciones libres (casos de la Ley de Cooperativas, que coloca en inferioridad a las uniones de cooperativas que no tengan participación u obediencia estatal), jugando a la vez con la presión que le posibilita la acaparación del Crédito Agrícola. En los sindicatos, la fuerza que podrían tener los verdaderos sindicatos gremiales es anulada mediante la incorporación en cada sindicato de productores de frutos, de comerciantes, industriales y exportadores, que anulan así la opinión del productor (ver el caso del Sindicato de la Vid, donde participan los perfumistas y cosméticos).

¿Qué cabe pensar? El hecho del dirigismo es creciente, y lejos de atenuarse, impondrá la técnica del doctor Sangrado. La Ley, aun la redactada en Cortes, queda luego, en su interpretación, libremente al albedrío de la tecnocracia de la Administración, que llega a aplicaciones exactamente contrarias al espíritu de la Ley. El fruto ya tangible es la creciente frecuencia de súbitas carencias, que obligan a importaciones, y la aparición de excedentes, que fuerzan exportaciones ruinosas, y, en suma, la aparición de terroríficos déficits en nuestra balanza de pagos exclusivamente agrícola, con la neta, aunque ocultada, presencia de autodesabastecimiento en productos vitales, como el azúcar, los piensos y la carne. Y este círculo vicioso no puede romperse fácilmente.

¿Esperanzas? Tres alternativas:

O los tecnócratas se asustan y se hacen atrás, lo cual es psicológicamente imposible.

O el Estado se pone a subvencionar el campo con cantidades de dinero ingentes, lo cual es económicamente imposible.

O se subsistirá continuando el proceso y agravando paulatinamente las situaciones, hasta que un día, bruscamente, aparezca una causa exterior que descubra la realidad, con una situación de carestía grave y, su consecuencia, el Hambre. Ese día será previsiblemente el que Spengler pone en paralelo con el día de la caída final del Imperio Romano.

Mientras tanto, parece que se intensificarán los esfuerzos de

unión económica del campo, que al presentar mayor bulto llamará más la atención de los poderes centrales y, con ello, el esfuerzo del Estado por controlar y dirigir cuanto luzca bajo el sol, o sea que estas agrupaciones se volverán más vulnerables y sufrirán una nacionalización socialista indirecta. Por otra parte, se intensificará la dialectización política de la oposición *campo-lo demás*, que según Spengler, es aquella frente a la cual todas las demás palidecen.

Nuestro trabajo en dos vertientes:

Inmediato: fortalecer todas las estructuras naturales dándoles los medios de pensamiento y de acción que quepan en la situación de cada momento.

A largo plazo: preparar las ideas claras para aplicar cuando se consume el fracaso de la situación agrícola actual. Preparar hombres, preparar herramientas y no desperdiciar la circunstancia cuando llegue.